

JOSÉ MARTÍ Y SU LEGADO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX LATINOAMERICANO

por ARMANDO PERRYMAN FIGUEROA
(Universidad Metropolitana, Praga)

Octavio Paz, en esa obra fundamental del pensamiento latinoamericano que es *El Laberinto de la Soledad* compara a nuestros pueblos, a los que él denomina en trance de crecimiento, a un adolescente que al buscarse a sí mismo encuentra su propia imagen deformada por innumerables elementos mediadores.¹ Este hecho hace que estemos siempre cuestionándonos las razones de nuestra existencia, con la única certeza de que en nuestro pasado y nuestro presente hay todavía muchas preguntas por responder. Tal vez eso explique por qué nuestra región ha producido tantos estudios de identidad en los últimos cien años.

“Me parece reveladora –continúa Paz– la insistencia con que en ciertos períodos los pueblos se vuelven sobre sí mismos y se interrogan (...) no importa, pues, que las respuestas que demos a nuestras preguntas sean luego corregidas por el tiempo.”²

Esta búsqueda constante es la clave. Pero en mi opinión, no corresponde sólo a la adolescencia histórica de las naciones y los pueblos. Una vez que se ha dejado atrás la etapa del “trance de crecimiento” –y ahí tal vez esté la trampa, el juego de ilusiones de la historia– se sigue creciendo y hay que seguir interrogándose, porque la identidad es un proceso y no un fin. Cuando los pueblos ya no tienen preguntas que responder, ni necesidad de volverse sobre sí mismos, comienzan a morir.

Cuenta el escritor cubano Manuel Pereira que un día, ya entrados los años 60, invitó a José Lezama Lima a la sede de la revista *Cuba* donde él, por ese entonces, trabajaba como periodista. Allí, al pedirle que hablara sobre Martí, el autor de *Paradiso* reveló esta especie de definición –para

mí, la mejor– que, de todas las que se han dado sobre el Apóstol, ha tenido la extraña suerte de sorprender, de asombrar y de admirar, antes de convertirse en mito.³

“Ese es un tema que se nos escapa de las manos como un pez aceitado –dijo Lezama– Martí es un misterio que nos acompaña.”⁴

La frase no hay que entenderla como una de esas salidas sorprendidas y originales de las que tanto hablan los que conocieron personalmente a Lezama y los que gozaron de su amistad, sino como la culminación de las reflexiones que este hombre tan peculiar, otro misterio que también nos acompaña, realizó durante toda su vida sobre el Maestro.

“José Martí –había dicho ya en 1953– fue para todos nosotros el único que logró penetrar en la casa del alibí. El estado místico, el alibí, donde la imaginación puede engendrar el sucedido y cada hecho se transfigura en el espejo de los enigmas (...) las palabras finales de su Diario, uno de los más misteriosos sonidos de palabras que están en nuestro idioma, bastan para llenar la casa y sus extrañas interrupciones frente al tiempo.”⁵

³ Eliseo Alberto, presente aquel día, cuenta la misma anécdota en sus aspectos esenciales en Eliseo ALBERTO, “Retrato hablado de José Lezama Lima”, véase http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/0204/pdfs/retrato_hablado.pdf.

⁴ Manuel PEREIRA, “El Curso Delfico”, en: José Lezama Lima, *Paradiso*. Ed. crítica a cargo de Cintio Vitier, Editorial Universidad de Costa Rica, 1996, p. 602. Ver <http://books.google.es/books?id=1ckwlhyxDPOC&hl=es>.

⁵ José LEZAMA LIMA, “Secularidad de José Martí”, en: *José Martí: Valoración múltiple*. Ed. al cuidado de Luis Toledo Sande (t. 1)

¹ Octavio PAZ, *El Laberinto de la Soledad*, Ediciones Cátedra, Madrid 2003, 11ª ed., p. 143.

² *Ibidem*, p. 144.

Aquí no pretendo tratar aspectos teóricos de la identidad, ese pez aceitado del que hablara Lezama y del que sólo podemos percibir su brillo, el movimiento ondulante de sus escamas y el temblor palpitante del cuerpo que se nos escapa de las manos cuando intentamos apresarlos. A eso han dedicado y dedican los mejores años de su vida, los que han producido y producen el mejor pensamiento social latinoamericano desde José Enrique Rodó hasta Leopoldo Zea, pasando por Alfonso Reyes, Fernando Ortiz, Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Henríquez Ureña, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Ezequiel Martínez Estrada y tantos otros.

Pero nótese que Lezama no dice: De todos nosotros, sino “para todos nosotros”, lo cual no sólo sitúa a Martí en una dimensión distinta y remarca el carácter especial de un legado que los cubanos asumimos como uno de los mayores tesoros de nuestra identidad, sino que refleja un hecho excepcional: todos lo compartimos. Desde las más diversas posiciones ideológicas y políticas, lo compartimos. La casa del alibi para Lezama es ese lugar –¿místico?– que está en el punto más alto de la imaginación, de los anhelos y las esperanzas de toda una nación, sin distinción alguna. Y Martí logró entrar.

Los grandes pensadores son fuentes siempre abiertas, dispuestas a dar de beber a los que deseen acercarse. Está claro que la herencia martiana no es sólo cubana, sino también latinoamericana y universal. Para los cubanos Martí es el Apóstol, el Héroe Nacional, el Maestro, pero también es venerado por muchas personas de otras latitudes y culturas diferentes. Los que se le acercan no dejan de sentirse impresionados por la vastedad y profundidad de su pensamiento, y la coherencia de sus acciones. Cientos de investigadores cubanos y extranjeros se dedican con fervor al estudio de su vida y de su obra. Se considera que en la actualidad, la bibliografía martiana sobrepasa ya las quince mil obras, con una producción anual de entre doscientos y doscientos cincuenta nuevos títulos.⁶

A más de un siglo de su muerte, crece el interés entre las actuales generaciones, por enfrentarse

a las claves sin descifrar que Martí le dejó a nuestra época, como una asignatura pendiente.

Al caer en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, se cerraba el ciclo de una vida que había demostrado ante sus contemporáneos su grandeza. A pesar de ser casi desconocida en Cuba por su condición de colonia española, su obra gozaba, sin embargo, de un ganado prestigio en el ambiente intelectual latinoamericano, cuyos escritos fueron siempre acogidos con mucho entusiasmo. Domingo Faustino Sarmientos, poco dado a regalar elogios gratuitos, llegó a pedirle a Paul Groussac, en carta abierta publicada en *La Nación*, el 4 de enero de 1887, que tradujera al francés su crónica sobre la Estatua de la Libertad:

“Tradúzcala usted –dice– que es nuestro bibliotecario inmérito (...). En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal (...) Tradúzcala, regáleme el manuscrito o déle publicidad por su cuenta; las letras americanas le deberán un servicio, y hará Vd. uno muy grande a este país donde tiene posición y familia.”⁷ Se dice también que Martí, poco dado al envanecimiento tonto y estéril, se sintió muy honrado por el elogio del prócer argentino, y se lo mostró complacido a sus familiares y sus amigos cercanos.

Cinco años antes, Adriano Paz había difundido su crónica sobre el asesinato de James Grafieff, exaltando sus valores y lo mismo harían en su momento figuras de la talla de Manuel Gutiérrez Nájera, Juan de Dios Pesa y Rubén Darío.⁸

Periodista por excelencia, la trayectoria de su pensamiento, contenida en su correspondencia personal y en sus trabajos periodísticos, está íntimamente vinculada a los principales episodios de su vida. La experiencia del Presidio y el destierro lo marcarán física, psíquica e ideológicamente para toda su vida. Su residencia de cuatro años en España, donde completará su educación y conocerá a fondo la sociedad, y a importantes personalidades de la política española, contribuirá decisivamente a su formación.

y Ana Cairo (t. 2), Casa de las Américas, La Habana, 2007, t. 1, p. 177.

⁶ Paul ESTRADÉ, *Martí en su siglo y en el nuestro*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2008, p. 160.

⁷ Domingo FAUSTINO SARMIENTO, *La Nación*, Enero 4, 1887. Tomado de: Ana CAIRO, *José Martí: Valoración múltiple*, ed. cit., t. 2, pp. 24–25.

⁸ Ana CAIRO, *José Martí: Valoración múltiple*, ed. cit., t. 2, p. 10.

Hablamos de la segunda mitad del siglo XIX, momento de grandes cambios y de grandes sorpresas, que marcarán la esencia de la modernidad. Y el periodismo, que desempeña un papel fundamental en este proceso, se transformará a sí mismo para poder expresar con un nuevo lenguaje la naturaleza excepcional de este gran movimiento. Se fundan importantes periódicos que se convierten en grandes canales de comunicación dirigidos a los más amplios sectores, nace la figura del periodista profesional y se observa, como nunca antes, la participación activa de los más destacados intelectuales de la época. Entre estos, que fueron muchos, Martí descuella por su indudable talento y originalidad y deja una profunda huella en sus contemporáneos y en las generaciones posteriores. Pedro Henríquez Ureña, ha dicho al respecto: “Su obra es, pues, periodismo; pero periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma.”⁹

Ezequiel Martínez Estrada es todavía más explícito:

“Su obra –dice– presenta la singularidad de que no hay que cribarla ni podarla, pues hasta las piezas preliminares y preparatorias como Abdala y el Presidio Político en Cuba forman eslabones de una cadena bien labrada y sólidamente engarzada. Martí no ensaya: va directamente a la realización de su obra y al empleo magnánimo de su vida, y así como no hay tentativa frustrada en el arte de escribir, tampoco la hay en sus ideas y sentimientos, siendo el rasgo específico de cuanto produjo la dignidad, la pureza, la magnanimidad y la belleza.”¹⁰

Los artículos martianos se caracterizan por su variedad. Es realmente imposible e innecesario clasificarlos. Entenderlos de esa manera es la mejor forma de acercarse a la vastedad y profundidad del pensamiento que los produce. Escribió artículos de fondo, crítica literaria y de arte, ensayos sociopolíticos y biográficos, crónicas, obras para niños.¹¹ Ante sus crónicas, los lectores del

continente, cautivados por la originalidad y gracia de su estilo, rápidamente comprendieron que la literatura hispanoamericana comenzaba a escribirse de un modo diferente.¹²

“Leyendo su prosa –explica José Miguel Oviedo–, uno se convence de la decisiva revolución que se estaba operando en la lengua literaria que entonces se escribía en América: suyo es el descubrimiento de una prosa sensible, plástica, apasionada, elegante, sin dejar de ser simple. Y cuando no luce simple, por amontonamiento de períodos envolventes, entrecruzados de incisivos y subordinados, es porque la frase trata de reproducir el movimiento del pensar mismo: su acto, más que su resultado.”¹³

Sin embargo, en un continente donde abundan los buenos escritores, Martí no ocupa el lugar que tiene sólo por ser uno de los grandes maestros de la modernidad literaria latinoamericana, ni porque en él haya una fusión indisoluble entre su accidentada historia personal y su obra.

Martí es, ante todo, un hombre de acción que reflexiona a la par de los acontecimientos y procesos en los que participa, que tiene, además, una conciencia casi religiosa de la gran misión de su vida. Esta conciencia está presente de múltiples formas desde sus primeros escritos, hasta su testamento político. En la carta que le escribió a su albacea literario, Gonzalo de Quesada, el 1º de abril de 1895, desde Montecristi, dice:

“De Cuba ¿Qué no habré escrito?: y ni una página digna de ella; sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabras sin idea pura, y la misma ansiedad, y el deseo de bien (...) ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto con mis ojos?”¹⁴

intelectual: El ejemplo de José Martí”. Tomado de: Pablo GONZÁLEZ CASANOVA, *Cultura y creación intelectual en América Latina*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1978, p. 310.

¹² Pedro Pablo RODRÍGUEZ, “José Martí, el periodista”, [2003-03-14], <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=article&sid=997>.

¹³ José Miguel OVIEDO, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2003, p. 249.

¹⁴ Carta de José Martí a Gonzalo de Quesada, Montecristi, 1º de abril de 1895. In: José MARTÍ, *Obras completas*, vol. 1, pp. 26–27.

⁹ Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 63.

¹⁰ Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA, *Martí Revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1974, p. 5.

¹¹ Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR, “La imaginación revolucionaria y la creación

A pocas horas de escrita esta carta, se embarcará rumbo a las costas cubanas. Cuarenta y nueve días después, caerá en combate en la zona de Dos Ríos, un lugar hasta ese momento desconocido y que él hizo célebre con su heroica caída.

Negativa fue su muerte para la Revolución y muy dolorosa y triste para los que lo conocieron. Desde ese momento su influencia iría creciendo en abanico, como una mariposa que abre lentamente sus alas a las primeras luces de la primavera, hasta su plasmación en la figura cimera del ideario ético y político cubano y uno de los grandes próceres de la independencia latinoamericana.

El siglo XX cubano se convierte en el siglo de Martí porque es allí donde cristalizan los acontecimientos que él, más que ninguno de sus contemporáneos, avizó con tanta claridad. Pocos en el siglo XIX estuvieron en condiciones de comprenderlo. Él percibió entre las sombras del bosque la esencia de la época que nació y dejó constancia de ello de una manera clara y original. Los que más cerca estaban de él, los más avanzados sólo pudieron darse cuenta algunos años más tarde. El mismo Máximo Gómez, que aprendió a quererlo y a respetarlo en vida, necesitó tiempo para darse cuenta de la genialidad de su pensamiento y comprobar en la práctica, debido al rumbo que tomaron los acontecimientos, la certeza de sus premoniciones.

La frustración nacional por los dolorosos resultados de la guerra, la forzada e indeseable presencia norteamericana en los asuntos de Cuba y las condiciones onerosas en que nace la República, lastrada por una enmienda que lacera el corazón de su independencia, hacen que en las tres primeras décadas del siglo, la figura de Martí se vaya elevando al primer plano del ideario ético y político cubano. El esfuerzo que realizaron importantes intelectuales por divulgar su obra —primeras ediciones de sus obras completas, biografías, ensayos y artículos— hizo el resto.

Ya en 1913, Julio César Gandarilla, representante del Partido Liberal por la provincia de Oriente, publica “Contra el Yanqui”, un apasionado alegato sobre la presencia norteamericana y del ambiente de corrupción que dominaba la política de la isla. En su indignación e impotencia, el autor acude a lo que ya va siendo el más alto ideal de la Nación Cubana: “Y la juventud de hoy —exclama— se dice sorprendida ante la traición a tus ideales: Si nuestra voz no levanta todas las conciencias cubanas a la dignidad nacional,

enciéndelas tú con tu refulgente verbo de oro, contra el odioso tirano yanqui. Oh, Martí, resucita, levanta tu pueblo y hazlo morir de cara al Sol.”¹⁵

Julio Antonio Mella, fundador del primer partido comunista y la figura más destacada del movimiento estudiantil de las tres primeras décadas del siglo XX cubano había escrito en diciembre de 1926: “Bien lejos de todo patriotismo, cuando hablo de José Martí, siento la misma emoción, el mismo temor, que se siente ante las cosas sobrenaturales. Bien lejos de todo patriotismo, digo, porque es la misma emoción que siento ante otras grandes figuras de otros pueblos.”¹⁶

Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Juan Gualberto Gómez, Raúl Roa, Jorge Mañach, Fernando Ortiz, Medardo Vitier, Blas Roca, Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez y Emilio Roig de Leuchsenring son algunos de los nombres de las primeras generaciones de intelectuales cubanos que comprenden que los sueños más altos de la Nación cubana y de América estaban contenidos en el pensamiento martiano. Un primer vistazo es suficiente para darse cuenta de la amplia gama de tendencias ideológicas y políticas que representan y defienden. Sin embargo, a pesar de las diferencias lógicas de cada caso, Martí los hace coincidir a todos, —y vuelvo a la idea de Lezama—, desde la casa del alibi.

“A medida que se redescubre a Martí —dice Paul Estrade al referirse al periodo que va desde 1933 a 1952—, son cada vez más numerosos los intelectuales que comprueban el abismo que se ha abierto entre las aspiraciones generosas, unitarias, democráticas, antirracistas del Héroe Nacional y la realidad sombría de un país dependiente, en crisis, falto de cohesión social y en peligro de perder su identidad.”¹⁷

Por ejemplo, dos grandes intelectuales de rumbos contrapuestos como Jorge Mañach y Juan Marinello, con ideas diferentes sobre las vías para

¹⁵ Julio César GANDARILLA, “Resucita Martí”. Tomado de: http://www.crisol.cult.cu/otros/martimanzanillo/literatura/resucita_marti.htm.

¹⁶ Julio Antonio MELLA, “Glosas al pensamiento de José Martí”, en: Luis Toledo Sande, *José Martí: Valoración múltiple*, ed. cit., t. 1, p. 51.

¹⁷ Paul ESTRADÉ, op. cit., p.163.

construir la Nación, fueron profundos conocedores y divulgadores de la obra martiana.¹⁸

En el ámbito hispanoamericano, donde su obra era ya ampliamente conocida, su huella se observa en los grandes escritores del continente y algunos intelectuales españoles de primera línea.

“Su cultura era proverbial –dice Rubén Darío–, su honra intacta y cristalina, quien se acercó a él se retiró queriéndole.”¹⁹ y Miguel de Unamuno se entusiasma con su estilo epistolar.

Pedro Henríquez Ureña dirá, en 1931, que Martí “Pudo, como Rubén Darío, sacrificarlo todo al sólo ideal de ser poeta; pero antes quiso acatar normas de honrado; y el deber y el amor se le agrandaron: se completaron en la devoción de su tierra. Si la vida no se le corta cuando empezaba a fructificar, habría lanzado sus energías hacia dos empeños superiores, que le atrajeron siempre: uno, de efecto, hacia nuestra América, que él sentía y conocía en su vida cabal, desde sus cimientos indígenas hasta sus ansias de todos los vientos: otro, de razón, la urgencia de dar a la sociedad humana organización nueva, más cómoda y más justa que la que ahora padecemos.”²⁰

A diferencia del resto de los principales pensadores de la época, Martí se propuso desmontar las ideas que conducían a la sedimentación de la mentalidad colonizada que predominaba en el pensamiento y las costumbres de las élites intelectuales latinoamericanas y llevar a primer plano la identidad latinoamericana. Llama a la América a volverse hacia sí misma a autorreconocerse en

sus aspectos positivos y negativos, a descubrir los valores universales e históricos presentes en su cultura, como una condición indispensable, sin tener que importar de otras culturas categorías que no se ajustaban a nuestras realidades ni respondían a los verdaderos intereses de las fuerzas que estaban en proceso de crecimiento en el continente americano.

Nuestra América representa para Martí el concepto mayor, por excelencia, de la identidad latinoamericana. Y si bien él no fue su creador, dota al concepto de un contenido nuevo, lo amplía, le da sentido moderno y lo remite al siglo XX, al incluir al indio y al negro, al campesino, al blanco criollo, al mestizo y al español, con un denominador común de la igualdad y el mismo sentido de la dignidad humana. Eso es lo que él denomina: el hombre natural americano.

Lo que numerosos pensadores latinoamericanos reflejarán de diferente manera en las cinco décadas siguientes, ya está presente en él como un todo orgánico e indivisible sin fragmentaciones excluyentes, ni tensiones innecesarias. Martí le dejó a las generaciones posteriores un proyecto que trascendía al siglo XX y que aún no ha encontrado su cauce, en un contexto en el que, el equilibrio del mundo, la relación armónica entre el hombre y la naturaleza y el estado de bienestar de todos, sin distinción alguna, parece ser una utopía inalcanzable.

(Escrito en español por el autor)

¹⁸ Graziela POGOLOTTI, “El controvertido Jorge Mañach”, [2010-07-23], <http://www.cubarte.cult.cu/periodico/letra-con-filo/15385/15385.html>.

¹⁹ Rubén DARÍO, “Los raros”, 1896. Tomado de: Ana CAIRO, *José Martí: Valoración múltiple*, ed. cit., t. 2, p. 40.

²⁰ Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, “Martí escritor”. Tomado de: Ana CAIRO, *José Martí: Valoración múltiple*, ed. cit., t. 2, p. 54.